

En cada ejemplar de la colección
Cara y Cruz
el lector encontrará dos libros distintos
y complementarios .

Si quiere leer

**El nuevo cuento
latinoamericano**

empiece por esta,
la sección «Cara» del libro.

Si prefiere ahora conocer ensayos
sobre el texto y una cronología,
dele vuelta al libro y empiece por la tapa
opuesta, la sección «Cruz».

El nuevo cuento
latinoamericano

El nuevo cuento latinoamericano / Eduardo Halfon ... [et al.] ; selección de Luis Fernando Afanador.-- Editor Ana María González Sanz. -- Bogotá : © Educativa, S. A. S., 2009.
264 p. ; 21 cm. -- (Colección cara y cruz)
Con : A propósito del nuevo cuento latinoamericano.
1. Cuentos latinoamericanos - Colecciones 2. Cuento Latinoamericano - Historia y crítica I. Halfon, Eduardo, 1971- II. Afanador, Luis Fernando, 1958- , comp. III. González Sanz, Ana María, ed. II. A propósito del nuevo cuento latinoamericano III. Serie.
868.9983 cd 21 ed.
A1205200

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis-Angel Arango

El nuevo cuento latinoamericano

D.R. © 2009, Gabriela Alemán, Tomás González, Eduardo Halfon,
Julio Paredes, Juan Villoro.

D.R. © 2009, Daniel Alarcón. "Absence", publicado originalmente en *War by Candlelight*.

Traducido por Jorge Cornejo. Reimpreso con autorización del autor.

D.R. © 2009, Alberto Fuguet, c/o Guillermo Schavelzon & Asociados,
Agencia Literaria, info@schavelzon.com

D.R. © 2009, Edmundo Paz Soldán, c/o Guillermo Schavelzon & Asociados,
Agencia Literaria, info@schavelzon.com

D.R. © 2009, Ricardo Piglia, c/o Guillermo Schavelzon & Asociados,
Agencia Literaria, info@schavelzon.com

Publicado originalmente en Formas breves, Anagrama

D.R. © 2008, Guadalupe Nettel, c/o Editorial Anagrama S.A

D.R. © 2006, Ena Lucía Portela.

D.R. © 2002, Samanta Schweblin.

D.R. © 2001, Pedro Mairal.

D.R. © 2009, Educativa, S. A. S.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de CV.

Av. Río Mixcoac 274, piso 2, Colonia Acacias,
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado. Marcas y signos distintivos que contienen la denominación.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de CV,
a favor de Educa Inventia, S.A. de CV.

Primera edición: octubre 2021

Editor: Iván Hernández Arbeláez
Diagramador: María Victoria Mora
Diseño de cubierta: Fernando Buritica
Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Impreso por
Impreso en México - *Printed in México*

ISBN: 978-607-13-1214-3



El nuevo cuento latinoamericano

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE:

Luis Fernando Afanador



www.normainfantilyjuvenil.com/mx/

CONTENIDO

A propósito de la antología

Luis Fernando Afanador 11

Ausencia

Daniel Alarcón 15

Jam Session

Gabriela Alemán 37

Prueba de aptitud

Alberto Fuguet 49

Las palmas del *ghetto*

Tomás González 83

El boxeador polaco

Eduardo Halfon 93

Hoy temprano

Pedro Mairal 107

Bonsái

Guadalupe Nettel 115

Huracán

Ena Lucía Portela 133

Escena en un bosque

Julio Paredes 149

Dochera

Edmundo Paz Soldán 169

Matar un perro

Samanta Schweblin 185

Mariachi

Juan Villoro 191

A PROPÓSITO DE LA ANTOLOGÍA

Luis Fernando Afanador —

Sin el cuento, la literatura latinoamericana no tendría el mismo valor. Qué reducido y pobre quedaría su paisaje sin las historias breves de Roberto Arlt, Felisberto Hernández, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Julio Cortázar, Juan Carlos Onetti, Julio Ramón Ribeyro, Juan Rulfo, Augusto Monterroso, Sergio Pitlor, Virgilio Piñera y Juan José Arreola. Como lo han demostrado ilustres críticos y académicos, el *boom* de la novela latinoamericana, que tanto asombró al mundo literario en su momento, no hubiera sido posible sin los relatos de Borges y sus juegos con el tiempo y el espacio, su aperturas hacia múltiples niveles de realidad. El propio Mario Vargas Llosa reconoció esa inmensa deuda en un célebre artículo en el que proclamó al Borges cuentista como el padre fundador de la nueva novela latinoamericana. No hay dudas al respecto: en nuestro continente el cuento ha sido un género mayor.

Un estatus que tuvo su momento más alto en la década de los setenta, cuando abundaban las antologías y los narradores con serias aspiraciones hacían su debut literario con un libro de cuentos. “Yo me inicié en el cuento”, era una frase repetida por aquella época. A partir de ahí, la editoriales, alegando un desinterés del público, lo han olvidado un poco y han puesto sus ojos en la apetecida novela.

Eso es fácilmente comprobable, no es necesario acudir a las cifras. Pero lo cierto es que nunca se han atrevido del todo a abandonarlo. Por sentimiento de culpa o curiosidad —por las razones que sean— vemos que se siguen publicando libros de cuentos. Y, lo más importante, se siguen escribiendo: los narradores latinoamericanos no han dejado de cultivarlo en los últimos años. Tampoco es necesario citar ilustres ejemplos al respecto. Esta situación, que para algunos resulta alarmante —a mí me parece coyuntural—, no deja de tener sus beneficios. Alejados de las presiones comerciales, los cuentistas se concentran sólo en los problemas formales. Quien se dedica al cuento no busca cosa distinta que enriquecer el género.

Enriquecerlo sin desvirtuarlo. Al mirar en conjunto los cuentos reunidos en la presente antología me sorprende —gratamente— de encontrar en ellos todavía las premisas de los grandes maestros fundadores: Poe, Maupassant, Chéjov. El cuento cambia y cada cuentista posee un acento particular, irreductible —estamos hablando de arte, por supuesto—, pero hay un aire de familia, unas características comunes: el corte transversal de la realidad, la convicción de que después del punto final la historia secreta seguirá contándose en la imaginación del lector.

La novedad es el sesgo personal y algo de espíritu de época. Daniel Alarcón, un peruano que escribe en inglés, nos recuerda que ahora la frontera latinoamericana se ha ampliado. En su cuento “Ausencia” habla del extrañamiento de un peruano en Nueva York, la misma ciudad en la que el colombiano Tomás González —“Las palmas del *ghetto*”— narra una sutil historia de amor y traición al interior de una banda de narcotraficantes. Un poco más al sur de esa ciudad, en Nueva Orleans, la ecuatoriana Gabriela Alemán devela los insospechados dramas personales y sociales tras el huracán Katrina. Un huracán parecido al de la cubana Ena Lucía Portela, pero

que ella quisiera capaz de remover las envejecidas estructuras políticas de su isla. Juan Villoro, con su “Mariachi”, se presenta como un mexicano atípico que se burla de la identidad y sus clichés. Los tiempos cambian, la violencia permanece. El guatemalteco Eduardo Halfon, sale avante al volver a relatar de una manera personalísima una historia de sobrevivientes del Holocausto judío en estas tierras. La argentina Samanta Schweblin, la más joven del grupo, revive en “Matar un perro” el espeluznante ritual de iniciación de un paramilitar. Y el chileno Alberto Fuguet, en “Prueba de aptitud”, muestra qué ocurre cuando unos adolescentes marginales son sometidos a las terribles presiones de los exámenes preuniversitarios. Su cuento busca aproximarse al lenguaje cinematográfico, con tintes de experimentación, al igual que “Hoy temprano”, del argentino Pedro Mairal, donde el tiempo real se comprime lo máximo posible.

Pero hay también territorios imaginarios para hablar de una manera simbólica del amor y las difíciles relaciones de pareja, como lo hacen la mexicana Guadalupe Nettel en “Bonsái” y el colombiano Julio Paredes en “Escena en un bosque”. Y, desde luego, hay lugar para el amor desgarrado, obsesivo, envuelto en fina trama, en “Dochera”, de Edmundo Paz Soldán.

Nuevos cuentos latinoamericanos que corroboran la vigencia de un género que siempre ha estado ahí, interesando a sus mejores escritores y escritoras. Y que seguirá vivo por mucho tiempo. Mientras se publiquen cuentos, la gente los seguirá leyendo.

AUSENCIA

Daniel Alarcón —

Traducción del inglés: Jorge Cornejo

En su segundo día en Nueva York, Wari recorrió la zona del Midtown buscando sin entusiasmo la oficina de la aerolínea. Había decidido olvidarlo todo. Era un día de inicios de septiembre; los placenteros restos del verano hacían cálida y atractiva a la ciudad. Deambuló entre el tráfico humano de las aceras, maravillándose ante los enormes edificios, y confirmó, para sí mismo, que aquella ciudad era en realidad la capital del mundo. En la estación del tren había visto a bailarines de *break dance* y músicos tocando quenás. Había visto a un hombre chino interpretando a dúo una sinfonía de Beethoven con una extraña armónica electrónica. En Times Square, un dominicano bailaba un merengue frenético con una muñeca de tamaño natural. Las multitudes se arremolinaban a su alrededor, sonriendo y arrojando dinero despreocupadamente al bailarín, y riéndose cuando sus manos se resbalaban con lujuria por la curva del culo de la muñeca. Wari no llegó a las oficinas de la aerolínea ese día; no le sonrió a ninguna anónima mujer en el mostrador, ni pagó renuente la multa de cien dólares por cambiar la fecha de su boleto. En lugar de eso, vagó sin rumbo, pasó el tiempo meditando intensamente sobre lo exótico, sobre la ciudad, sus olores y

superficies relucientes, hasta que fue a parar frente a un grupo de obreros que excavaban un agujero en la acera, al pie de un rascacielos. Se sentó a almorzar y a observarlos. Usando unas máquinas con garfios de metal, perforaban el concreto con destreza. Wari se había preparado un sándwich esa mañana, y ahora lo comía despreocupadamente. La gente pasaba en oleadas regulares, agrupándose en las esquinas y cruzando en bloque la calle apenas cambiaba la luz del semáforo. De un camión, los hombres bajaron un delgado árbol joven y lo colocaron en el agujero recién excavado. Luego llenaron con tierra el agujero. Árboles para llenar agujeros, pensó Wari divertido. Pero los hombres aún no habían terminado. Encendieron cigarrillos y estuvieron un rato conversando en voz alta entre sí. Luego, uno de ellos trajo una carretilla repleta de verde césped cortado en pequeños cuadrados. Terrones. Los hombres acomodaron los parches de la frondosa alfombra alrededor del árbol. Así de fácil. En el tiempo que Wari se demoró en comer, habían excavado y llenado un agujero, habían plantado un árbol y lo habían adornado con césped verde y fresco. Una herida abierta en la tierra; una herida cubierta, curada y embellecida. No era nada para esta ciudad, que continuaba con su vida, sin inmutarse, bajo un brillante cielo de finales de verano.

Wari caminó un poco más y se detuvo delante de un grupo de artistas japoneses que dibujaban retratos para los turistas. Publicitaban su arte con reproducciones muy esmeradas de rostros de gente famosa, pero Wari sólo pudo reconocer a algunos de ellos. Identificó a Bill Clinton y a Woody Allen. El resto era tan sólo un grupo de caras bonitas y anónimas que a Wari le traían a la mente a cientos de actores y actrices. Este era el tipo de trabajo que él podría hacer con facilidad. Las manos de los artistas se movían con destreza sobre el pergamino, sombreando aquí y allá con rápidas pinceladas. Grupos de gente se detenían a mirarlos, pero los retratistas

parecían estar realmente ajenos a todo ello, sólo echaban un vistazo a sus clientes de cuando en cuando para asegurarse de no cometer errores. Una vez que terminaban el retrato, el cliente siempre sonreía y parecía sorprendido de descubrir su propia imagen en la hoja. Wari también sonrió, le pareció algo folclórico, al igual que todo lo que había visto hasta ese momento en la ciudad, algo que valía la pena recordar, algo especial, aunque todavía no podía explicar por qué. Wari había sido invitado a Nueva York para participar en una exposición de arte; todo había ocurrido por azar, una cadena de circunstancias nacida de una simple conversación en un bar con un pelirrojo turista estadounidense llamado Eric, estudiante de doctorado en Antropología y una persona bienintencionada por naturaleza. Hablaba un español aceptable y era amigo de un amigo de Wari que aún estudiaba en la universidad. Eric y Wari habían conversado sobre Guayasamín y la iconografía indígena, sobre el cubismo y la tradición textil paracas de la costa peruana. Habían compartido algunas botellas de cerveza de un litro y muchas risas, mientras su comunicación mejoraba con cada trago, gracias a palabras en *espanGLISH* y dibujos a lápiz en servilletas. Finalmente, Eric acordó visitar el taller de Wari. Volvió a Nueva York llevando consigo dos de sus cuadros y organizó una exposición a través de su departamento académico. Poco después, Wari recibió un entusiasta mensaje de correo electrónico y una invitación impresa en papel bond crema. Le dio vueltas al tema durante algunas semanas, y luego gastó la mayor parte de sus ahorros en un pasaje de ida y vuelta. Era la única clase de boletos que vendían. Una vez llegado e instalado en Nueva York, guardó el pasaje de regreso al fondo de su maleta, como si estuviera hecho de un material radiactivo. No sabía qué más hacer con él. Aquella primera noche, con el departamento ya en calma, Wari sacó el pasaje de la maleta y lo examinó. Tenía una

densidad poco natural para ser un simple pedazo de papel. Soñó que brillaba en la oscuridad.

Wari encontró a Leah, la enamorada de su anfitrión, cocinando pasta. Aún no era de noche y Eric no había llegado a casa. Wari quería explicarle exactamente lo que había visto y por qué le había impresionado tanto, pero carecía del vocabulario suficiente para hacerlo. Ella no hablaba español, pero lo compensaba sonriendo mucho y trayéndole cosas. Una taza de té, una tostada. Él aceptaba todo porque no estaba seguro de cómo decirle que no. Su inglés lo avergonzaba. Mientras el agua hervía, Leah se acercó a la sala. “¿Buen día?”, le preguntó. “¿Tuviste un buen día?”.

Wari asintió.

“Qué bueno”, dijo ella. Le entregó el control remoto del televisor y volvió a la diminuta cocina. Sin querer ser grosero, Wari se sentó en el sofá y empezó a cambiar los canales. Podía escuchar a Leah tarareando suavemente una canción. Llevaba puestos unos jeans a la cadera. Wari se forzó a mirar el televisor. Programas de concurso, noticieros, *talk shows*; su esfuerzo por comprender lo que decían le causó un dolor de cabeza, por lo que eligió ver un juego de béisbol con el volumen bajo. El juego era lánguido y difícil de seguir; no pasó mucho tiempo antes de que Wari se quedara dormido.

Cuando se despertó, tenía un plato de comida delante de él. Eric había llegado a casa. “¡Buenas noches!”, le gritó pomposamente. “¿Un buen juego?”, dijo apuntando al televisor. Dos jugadores conversaban en el montículo cubriéndose los rostros con sus guantes. “Sí”, dijo Wari. Se quitó las lagañas de los ojos. Eric se rio. “Los Yankees van a campeonar de nuevo este año”, dijo. “Son el equipo blanco”. “Lo siento mucho” fue todo lo que Wari pudo comentar.

Ambos conversaron un rato en español sobre los detalles de la exposición, que se inauguraría dos días después. Los cuadros de

Wari estaban apoyados contra la pared, aún envueltos en papel marrón y con el rótulo de FRÁGIL. Los iban a colgar al día siguiente. “¿Tenías planeado trabajar mientras estuvieras aquí?”, preguntó Eric. “Pintar, quiero decir. En mi departamento académico me han dicho que podrían prestarte un taller por algunas semanas”.

Esto tenía mucho que ver con el boleto radiactivo sepultado al fondo de su maleta. Wari sintió un cosquilleo en las manos. No había traído pinceles, ni óleos, ni lápices, ni nada. No tenía dinero para comprar materiales. De hecho, suponía que pasarían varios años antes de que pudiera hacerlo de nuevo. ¿Cómo sería su vida si *no* pintara?

—No, gracias —dijo Wari en inglés, y apretó los puños.

—Te estás tomando unas vacaciones, ¿ah? Muy bien, hombre. Disfruta de la ciudad.

Wari le preguntó por las tarjetas telefónicas, y Eric le dijo que se podían conseguir muy baratas y en todas partes. En cualquier bodega, tiendecita, farmacia o puesto de periódicos. “Estamos conectados”, dijo Eric, y se rio. “Las tienen junto a los billetes de lotería. ¿Todavía no has llamado a tu casa?”.

Wari sacudió la cabeza. ¿Lo extrañarían ya?

“Deberías hacerlo”, dijo Eric y se acomodó en el sillón. Leah se había marchado al dormitorio.

Su anfitrión se dedicó a hablarle al televisor parpadeante mientras Wari comía.

La embajada estadounidense se levanta contra un cerro desértico en un distrito acomodado de Lima. Es un inmenso búnker con el exterior recubierto de azulejos, como un baño elegante. La puerta del muro perimétrico que lo rodea se ubica tan lejos del propio edificio,

que se requeriría de un lanzamiento excepcional para siquiera golpear el primer piso con una piedra. Cada mañana, antes del amanecer, se forma en la calle una cola que da la vuelta a la manzana, una procesión esperanzada de peruanos con la mira puesta en Miami o Los Ángeles o Nueva Jersey, o cualquier otro destino. Desde septiembre último, luego de los ataques, la embajada había alejado aún más la cola, detrás de barricadas de color azul, hasta el propio límite de la ancha acera. Luego, en marzo, un coche bomba había estallado para dar la bienvenida a la visita del presidente estadounidense. Diez peruanos murieron, entre ellos un chiquillo de trece años que tuvo la mala suerte de pasar en su *skateboard* cerca de la embajada justo en el peor momento. Las esquirlas de la explosión le perforaron el cráneo. Cuando eso ocurrió, cerraron la avenida, salvo para el tráfico oficial. La cola seguía formándose allí cada mañana, excepto los domingos, ahora en medio de la calle vacía.

Antes de viajar, Wari presentó su carta de invitación, su recibo por el pago de la visa y toda su documentación. Títulos de propiedad, estados financieros, certificados de estudios universitarios, una lista de sus exposiciones y muestras en galerías, su partida de nacimiento y los documentos concernientes a su matrimonio prematuro y su divorcio redentor. Todos y cada uno de sus veintisiete años de existencia, en papeles. El documento central era, por supuesto, la invitación de Eric, impresa en papel con membrete de su universidad. Eric le había comentado que no se trataba de cualquier universidad. Wari asumió que debía mencionar el nombre de la institución con reverencia, y que todos conocerían su reputación. Eric le había asegurado que eso le abriría las puertas.

Pero en lugar de eso, la mujer le dijo: “Ya no otorgamos visas por noventa días”.

A través de la ventanilla plástica, Wari señaló la invitación, sus letras doradas y su elegante sello de agua, pero la mujer no mostró interés. “Vuelva en dos semanas”, le dijo.

Y así lo hizo. En su pasaporte, Wari encontró una visa de turista por un mes.

Ya en el aeropuerto de Miami, Wari presentó otra vez su documentación, su pasaporte y, separadamente, la invitación en un sobre con letras doradas. Para su sorpresa, el oficial lo derivó de inmediato a una sala de entrevistas, sin mirar siquiera los documentos. Wari aguardó en el cuarto vacío, recordando que un amigo suyo le había dicho en son de broma: “Acuérdate de afeitarte o pensarán que eres árabe”. El amigo de Wari había celebrado su ocurrencia estrellando un vaso contra el piso de cemento del bar. Todos habían aplaudido. Wari podía sentir el sudor acumulándose en los poros de su rostro. Se preguntó qué tan mal se vería, qué tan cansado o desaliñado. Qué tan peligroso. Aún sentía en los pulmones el aire viciado y reciclado de la cabina del avión. Sintió cómo su piel se oscurecía bajo las luces fluorescentes.

Un agente de inmigración uniformado entró y empezó a hacerle preguntas en inglés. Wari las respondió lo mejor que pudo. “Y tú, supuestamente eres artista, ¿no?”, le dijo el oficial examinando la documentación.

Wari cerró sus dedos alrededor de un pincel imaginario y trazó círculos en el aire.

El agente le indicó con un gesto que dejara de hacerlo. Revisó los papeles, hasta que sus ojos se posaron sobre su estado de cuenta bancaria. Frunció el ceño.

“¿Vas a Nueva York?”, le preguntó. “¿Por un mes?”.

“En Lima, me dieron un mes”, dijo Wari cautelosamente.